



que era muy justo quitar á su hijo por su inobediencia. Condescendió el de Castilla á los ruegos de su tia, sea por compasion y lástima que la tenía, ó con deseo de ensanchar su señorío. Juntó un buen ejército con que se metió por las tierras de Portugal; acudió su primo, dióse la batalla, que fué muy herida, en la vega de Valdeves, puesta entre Monzón y la puente de Limia. Fueron los castellanos vencidos y forzados á retirarse á Leon. El orgullo que por causa desta victoria cobraron los portugueses fué tan grande, que sin mirar lo de adelante y sin tener cuenta con sus pocas fuerzas, se tenían y publicaban por libres y exentos del señorío de Castilla.

El rey D. Alonso, con deseo de satisfacerse y reprimir la lozanía de los contrarios, juntado que hobo más fuerzas revolvió sobre Portugal con mayor furia que ántes. Los portugueses, por no tener fuerzas bastantes, se encerraron dentro de Guimaranes, para con la fortaleza de aquella plaza defenderse del enemigo poderoso y bravo. Pusiéronse los castellanos sobre ella, determinados de no partirse de allí ántes de tomalla y vengar la afrenta pasada. Estaba dentro con el infante, que otros llaman duque

de Portugal, Egas Nuñez, su ayo, persona de mucha prudencia, y que con su buena crianza cultivó maravillosamente el buen natural de aquel príncipe, y fué causa que sus buenas inclinaciones se mejorasen y diesen el fruto de virtudes aventajadas. Este caballero, habida licencia, salió á verse y hablar con el rey: díjole tales razones, que le ablandó y inclinó á que se hiciesen paces. Las condiciones fueron las que el mismo Egas quiso otorgar: con tanto se alzó el cerco. Añaden los historiadores de Portugal, á cuya cuenta se pongan estas cosas, que pasados algunos años, como D. Alonso el de Portugal mostrase estar olvidado y no querer cumplir lo que su ayo en su nombre asentára, que se partió para Toledo, y llegado á la presencia del rey, con un dogal al cuello se le presentó delante. Díjole: tomad señor con mi muerte enmienda de la palabra y homenaje que contra mi voluntad os han quebrantado. Reparó el rey con espectáculo tan extraordinario: movióse á misericordia por las lágrimas y aquel traje de persona tan venerable: perdonóle lo hecho, dado que no le quiso honrar, por sospechar algunos que debajo de aquella apariencia podia haber algun trato doble y engaño.

## CAPITULO LXIV

### De las guerras que el rey de Castilla hizo contra los moros.

Este fué el fin que tuvo por entónces la guerra de Portugal: los que tienen mayor cuidado en rastrear y ajustar los tiempos, piensan que concurrió con el año de nuestra salvacion de mil ciento veintiseis; en el cual año, la reina doña Urraca y el arzobispo de Toledo, D. Bernardo, fallecieron casi en un mismo tiempo. La reina, en el castillo de Saldaña ó en Leon (como ántes se dijo), reventó en la iglesia de San Isidro. Concuerdan las historias en el dia de su muerte, que fué á siete de Marzo: la *Historia Compostellana* dice á diez, sexto de los idus, y que finó en tierra de Campos. Su cuerpo sepultaron magníficamente en Leon. D. Bernardo (como se saca de diversos papeles de la iglesia de Toledo, si bien señalan un año ántes deste) falleció en Toledo á los tres de Abril, cargado de años y de edad, asaz esclarecido por las cosas que hizo y por él pasaron. Sepultáronle en la misma ciudad en la iglesia mayor con una letra, conforme al tiempo algo grosera, que comenzaba por esta palabras:

PRIMERO BERNARDO FUÉ AQUÍ PRIMADO  
VENERANDO.

Verdad es que el arcediano de Alcor dice que está enterrado en el monasterio de Sahagun, junto al lucillo del rey D. Alonso el VI,

Fué arzobispo por espacio de cuarenta años. Doce años ántes que falleciese (los *Anales de Sevilla* dicen ocho), con sus gentes y á sus expensas, ganó de moros la villa de Alcalá, en aquella sazón puesta de la otra parte del rio de Henares, en un recuesto áspero que se levanta sobre la misma ribera. Los reales del arzobispo se asentaron en un collado más alto y como padrastro, que al presente se llama de la Vera Cruz. Desde allí los fieles apretaron á los moros, y los trabajaron de tal guisa, que fueron forzados á desamparar el lugar, magüer que era muy fuerte. Por esta causa, desde aquel tiempo quedó cuanto á lo temporal y espiritual por los arzobispos de Toledo.

Sucedió á D. Bernardo, D. Raimundo ó Ramon, obispo á la sazón de Osma: vinieron en su eleccion: primero, el clero de Toledo que la votó; despues el papa Honorio, en cuyo tiempo los obispos, abades y señores del reino se juntaron en Palencia, y con ellos el nuevo prelado de Toledo, que se llamaba primado y aún legado de la Sede Apostólica, segun que se halla en la *Historia Compostellana*: debió de ser de solo nombre, porque el que presidió, y por cuya autoridad se juntó este concilio, fué D. Diego Gelmirez, arzobispo de Santiago, por título de legado, ca la legacía que tuvo don



Bernardo, como lo nota el arcediano de Ronda, no se dió á su sucesor, sino á este D. Diego Gelmirez, y despues dél á Juan, arzobispo de Braga, el cual muerto, dice no se dió á otro ninguno. En Palencia se hallaron presentes el rey y la reina. Abrióse el concilio al principio de la cuaresma del año mil ciento veintinueve. En él, demas de otras cosas, hallo que se establecieron dos muy notables: la primera, que no se recibiesen ofrendas ni diezmos de los descomulgados; la segunda, que no se diesen las iglesias á los legos, quier fuese con color de prestimonio, quier de vilicacion, de donde se puede entender el principio y origen que los beneficios llamados préstamos tuvieron en España, que eran como mayordomos de las iglesias. Expidió eso mismo el rey un privilegio, en que á ejemplo de su tio el pontífice Calixto, dice que traslada de Mérida, luégo que fuere recobrada de moros, los derechos reales á la ciudad de Santiago.

Poco despues, el cardenal Humberto, que vino á España por legado, juntó en Leon otro concilio de obispos para tratar del matrimonio del rey, que algunos pretendian era inválido. Casóse el rey D. Alonso el segundo año despues de la muerte de su madre, con doña Berenguela, hija de D. Ramon Berenguel, conde de Barcelona. Celebraróse las bodas en Saldaña, por el mes de Noviembre: tuvo en ella los años siguientes á sus hijos D. Sancho, D. Fernando, doña Isabel y doña Sancha. Constaba que doña Berenguela tenía deudo con su marido por la línea de los reyes de Castilla, y asimismo por la de los condes de Barcelona. Tratóse el negocio, y hiciéronse los autos acostumbrados: venidos á sentencia, los obispos pronunciaron que aquel parentesco no era en alguno de los grados prohibidos por la Iglesia y por derecho. El emperador D. Alonso era biznieto de don Fernando, rey de Castilla. Doña Berenguela, tercera nieta de su hermano D. Ramiro, rey de Aragon, por vía de su hija doña Teresa, que casó en la Provenza, y fué madre del conde Giliberto, padre de doña Dulce, que casó con Ramon Berenguel, conde de Barcelona ya dicho. Conforme á esto, el deudo era en cuarto y quinto grado, y no más.

Concluido este pleito, las fuerzas del reino se enderezaron contra moros. Hizo el rey entrada en las tierras de los infieles por la parte del reino de Toledo. Púsose sobre Calatrava, cuyos moradorés hacian grandes daños en los campos comarcanos: aprestóse el cerco, que fué largo; en fin, se ganó, y el rey la entregó al arzobispo de Toledo para que fuese señor de ella y la tuviese á su cargo. El crédito y fama de los caballeros templarios, de su valor y esfuerzo, no tenía par: por esta causa el arzobispo les entregó aquella plaza. Así lo afirman los más autores, puesto que algunos piensan que estos caballeros no fueron los templarios, sino otros que, tomada la señal de la cruz, á imitacion de la guerra que se hacia en la Tierra Santa, seguian á sus expensas los reales de los cristianos con celo de hacer daño á los moros é intento de ganar la indulgencia á los tales concedida por los papas. Ganáronse desta vez por aquella comarca Alárcos, Caracuel, que Antonino en su Itinerario llama Carcuvo; Mesanza, Alcudia, Almodóvar del Campo, y en la misma Sierra-Morena ganaron el lugar de Pedroche. Lo demas parecia sería fácil de conquistar por el gran miedo que se apoderára de aquella gente infiel; pero la sazón del tiempo, que era tarde, reprimió los intentos del rey. Pasado el invierno, sacó las gentes de sus alojamientos, con que por los desiertos de Cazlona, que es parte de Sierra-Morena, rompió por el Andalucía, talando, saqueando y robando por todas partes. Cercaron á Jaen, mas no la pudieron tomar: dado que por todo el tiempo del invierno estuvieron sobre aquella ciudad, la fortaleza de los muros y esfuerzo de los cercados hizo que no se pudiese entrar.

Tenía por aquella sazón el imperio de los almoravides en África y en España Albohali, hijo de Hali, nieto de Juzeph, príncipe de menor poder y fuerzas que sus antepasados, por causa de las guerras civiles que andaban encendidas entre los moros. Era esta buena ocasión para dañarle y hacerle guerra. El suegro del rey D. Alonso, conde de Barcelona, falleció el año mil ciento treinta y uno: dejó por señor de Barcelona y de Carasona y de Ródes, ciudades de Francia que eran de su señorío, á su



hijo mayor, D. Ramon. Á D. Berenguel, su hijo segundo, mandó los condados de la Provenza y de Aymillan. Doña Cecilia, su hija, casó con D. Bernardo, conde de Fox: con Aymerico, conde de Narbona, casó otra su hija, cuya nombre no se sabe. Las demas hijas que tenía quedaron encomendadas á D. Berenguel, su hermano, que casaron en Francia con otros grandes personajes. El año que se siguió no tuvo cosa que de contar sea, salvo que el rey don Alonso volvió de la guerra de Andalucía, alzando el cerco de Jaen; y D. Sancho, hijo del rey,

fué armado caballero el mismo día del apóstol San Matías en Valladolid con la ceremonia muy solemne que en aquellos tiempos se acostumbraba. Su mismo padre le armó de todas armas y le ciñó la espada, que era muestra de darle por mayor de edad y emanciparle: servia otrosí de espuelas para que con grande ánimo remedase las virtudes y valor de sus antepasados, y á su ejemplo pretendiese ganar honra, prez y renombre inmortal en servicio de Dios y de su patria.

## CAPÍTULO LXV

Cómo D. Alonso, rey de Aragon, fué muerto.

Este era el estado de las cosas en Castilla y en Portugal. En Aragon, como habian comenzado, tenian buen progreso. Los pueblos y castillos cercanos de los moros se ganaban, y el señorío de aquella gente infiel iba cuesta abajo. Toda la Celtiberia quedó por los nuestros: asimismo Molina en la misma comarca, que ya era tributaria á los cristianos, fué forzada á rendirse. Á la ciudad de Pamplona se añadió el arrabal llamado de San Saturnino, en que pusieron franceses, con derecho que se les dió de naturales y ciudadanos. Concedióseles otrosí que tuviesen por leyes el fuero de Jaca, y conforme á él en particular y en comun se gobernasen y sentenciasen los pleitos. Estaban los moros muy extendidos y enseñoreados de las riberas del mar por la parte que en ella desagua el rio Ebro; desde allí hacian daño con correrías y cabalgadas en los pueblos y campos comarcanos. Para reprimillos tenian necesidad de flota, y así el rey mandó hacer muchas barcas y bajeles en Zaragoza; y consta que antiguamente en el imperio de Vespasiano y de sus hijos, reparadas y enderezadas y acanaladas las riberas de Ebro, se navegaba aquel rio hasta un pueblo llamado Vario, que demarca no lejos de do al presente está la ciudad de Logro-

ño, sesenta y cinco leguas de la mar: grande comodidad para los tratos y comercio. Mequinencia, que se entiende es la que César llamó Octogesa, pueblo fuerte por su sitio y por las murallas, está asentado en la parte en que los rios Cinga y Segre se juntan en una madre. Deste pueblo al presente se apoderó el rey de Aragon, echada dél la guarnicion de moros que dentro tenia.

Toda esta prosperidad y alegría se trocó en lloro y se añubló por una desgracia, que sucedió sin pensar, muy grande. Es así que de ordinario las cosas de la tierra tienen poca firmeza, y el alegría muchas veces se nos agua, porque de la prosperidad unos toman ocasion de descuidarse, otros de atreverse demasiado: lo uno y lo otro hace que se trueque la buena andancia en contrario.

El caso pasó desta manera. Fraga, pueblo de los Ilergetes (á la cual Ptolomeo llama Gallica Flavia), más conocido por el desastre desta guerra, que por otra cosa alguna que en él haya, está asentado en un altozano y monte de tierra, que por delante, comido con las corrientes y crecientes del rio Cinga, hace que la entrada sea áspera de guisa que pocos se la pueden á muchos defender. Por las espaldas se



levantan unos collados no ásperos, y todos cultivados, pero tan pegados con el pueblo, que impiden no se pueda batir con los ingenios ni aprovecharse de la artillería. El rey, despues que tomó á Mequinencia, animado con aquel suceso, con intento de pasar adelante en sus conquistas, se metió por la tierra de los Ilergetes el rio de Segre arriba, en que entra el rio Cinga; quedaba por aquellas partes lo más dificultoso de la guerra por ser los pueblos muy fuertes, y porque los moros en gran número se retiráran á aquellos lugares para salvarse.

Los reyes de Lérida y de Fraga con tan gran concurso de gente cobraron por esta causa muchas fuerzas, y comenzaban á poner espanto á los cristianos. Los reales del rey se asentaron sobre Fraga el mes de Agosto del año de Cristo de mil ciento treinta y tres. La esperanza y aparato fué mayor que el provecho; el tiempo del año, que comenzaba el invierno, y por tanto las ordinarias lluvias forzaron á despedir el ejército y envialle á invernar con orden que de nuevo se juntasen al principio del verano. Volvieron al cerco por el mes de Febrero, no con menor esfuerzo ni con menor ejército que ántes. Gastáronse en él los meses de Marzo y Abril sin hacer efecto que de contar sea, por estar los moradores apercebidos de todas las cosas, almacén y municiones, contra la tempestad que les amenazaba; y con la esperanza que tenían de ser socorridos, llevaban en paciencia los daños de la guerra y los trabajos del cerco. Abengamia, rey de Lérida, con gentes que juntó de todas partes, vino al socorro de los cercados. Dióse la batalla cerca de Fraga el día de las Santas Justa y Rufina. Los fieles se hallaban cansados con la guerra, y eran en pequeño número, por quedar buena parte en guarda de los reales, ca temian no fuesen de los de dentro acometidos por las espaldas; los moros entraban en la pelea de refresco y muy feroces. Perecieron muchos cristianos en aquella batalla. Esta pérdida no fué parte para que el cerco se alzase, á causa que el daño de los moros no fué mucho menor.

El rey, todavía temeroso de mayor peligro, se partió á la raya de Castilla para juntar nuevas gentes en Soria y su comarca. Con esta

traza y socorro corrió los campos de los enemigos, sin parar hasta dar vista á Monzon. Iba en pos de los demas, no muy léjos, el mismo rey con una compañía de trescientos de á caballo. Este escuadron encontró acaso con un gran número de la caballería enemiga, que le rodeó por todas partes. El rey, visto el peligro en que se hallaba, con pocas palabras que dijo animó á los suyos á hacer el deber: «Que se acordasen que eran cristianos, y con su acostumbrado esfuerzo acometiesen á los enemigos. Que el atrevimiento les serviría de reparo, y en el miedo estaria su perdicion. Con el hierro (dice) y con la fortaleza saldréis deste aprieto, no pongais en al vuestra esperanza; y si á vuestra valentía la fortuna no ayudare y Dios que lo puede todo y acorre á los suyos en semejantes aprietos, procurad á lo ménos de vender caras vuestras vidas, y no hagais con rendiros afrenta á vuestro valor y fama, ántes con las armas en las manos y con el esfuerzo que conviene, morid como buenos si fuese necesario.»

Vinose luégo á las manos. Los fieles, conforme al aprieto en que estaban, peleaban valientemente. El rey andaba entre los primeros. Señalábase por su esfuerzo, por la sobreveste y lucidas armas que llevaba, así los golpes y tiros de los moros se enderezaban contra él. Diéronle tanta priesa, que en fin le mataron. Los demas, perdido su caudillo, parte como buenos murieron en la demanda, parte se salvaron por los piés. Desta manera pasó aquel encuentro tan desgraciado, si bien de la muerte del rey se levantaron despues diversos rumores. El vulgo en casos semejantes suele trovar y inventar várias consejas: los unos de buena gana creen lo que desean los otros, á lo que oyen añaden siempre algo para que las nuevas sean más alegres ó ménos pesadas. Algunos decian que cansado de vivir, perdida aquella batalla, se fué á Jerusalem: otros escribieron que el cuerpo, comprado por dineros, fué sepultado en el monasterio de Montaragon. El más acertado parecer que cayó en aquel desastre por poner las manos con codicia en los tesoros de las iglesias, dado que el arzobispo don Rodrigo y las historias de Aragon alaban á este



rey de religioso, pío y manso. Lo que yo entiendo y tiene más probabilidad, es que su cuerpo no se pudo hallar, por ser grande el número de los muertos, y que esta fué la causa de las varias opiniones que resultaron. Lo cierto que aquella desgracia sucedió cerca del lugar de Sariñena, á siete de Setiembre del año que se contó mil y ciento y treinta y cuatro.

Fué este príncipe gran capitán, en ánimo, valor, fortaleza sin par, gran gloria y honra de España. Trabó batalla con sus enemigos por veintinueve veces, como lo afirma un autor antiguo, y las más salió vencedor: reinó por espacio de treinta años. Otorgó su testamento tres años ántes de su muerte, en sazón que tenía sitio sobre Bayona de Francia, que dicen nuestras historias la tomó, y que en aquel cerco el conde D. Pedro de Lara hizo campo con Alonso Jordan, conde de Tolosa, y que el de Lara quedó allí muerto. Aquel testamento fué muy notable, y que dió mucho que decir, y áun ocasion á muchas revueltas y debates. Hizo en él mandas de muchos pueblos y castillos á los templos y monasterios de casi toda España; porque no tenía hijos dejó por herederos de todos sus estados á los templarios y á los hospitalarios, y también á los que guardaban el santo sepulcro de Jerusalem, para que aquellas tres órdenes de caballería los repartiesen entre sí: ejemplo de liberalidad murmurada mucho de los presentes, y de que no ménos se maravillaron los de adelante. Era tan grande el deseo que todos tenían de ayudar á la guerra que se hacia en la Tierra Santa para que se conservase y aumentase lo ganado, que á porfía varones y mujeres, príncipes y particulares, daban para este efecto pueblos, castillos, heredades.

Remata el dicho testamento con graves maldiciones que echa contra los que intentasen innovar algo en lo que dejaba mandado; pero sin embargo, los aragoneses y navarros se juntaron en Borgia, puesta á la raya de Navarra, para nombrar rey. Era señor de aquella ciudad, por merced del rey muerto, D. Pedro de Atarés, varon muy ilustre, y como algunos sospechan más que prueban, descendía de la

casa real. Sus partes sin duda eran muy aventajadas, y muy grande la voluntad que el pueblo le tenía. Parecía que sin contradicción le alzarían por rey, y fuera así si no se desabriera, con la soberbia y arrogancia de que comenzó á usar con gran parte de los señores y ricos hombres: el apresurarse es á muchos ocasion de perder lo que tenían en la mano. Los varones prudentes consideraban cuál sería, hecho rey, el que siendo particular era intolerable. Atizaba á los demas en esta razon un hombre muy noble y de gran ingenio, por nombre Pedro Tizon, cuya autoridad y consejos, como siguiesen los otros, y en este parecer se conformasen, sin concluir se partieron de las córtes. Los navarros aborrecían el señorío de los aragoneses, y juzgaban que siempre á los despojados fué lícito recobrar de los tiranos ó de sus sucesores lo que injustamente les tomaron. Por esto hicieron sus juntas aparte, y á persuasión de Sancho Rosa, obispo de Pamplona, alzaron por su rey á D. García, que venía de sus antiguos reyes, ca era hijo de D. Ramiro, nieto del rey D. Sancho, que dijimos fué muerto por su hermano D. Ramon: así por voto comun de la gente fué nombrado por rey en Pamplona.

Al contrario, los aragoneses en Monzon, do se juntaron, declararon por rey á D. Ramiro, hermano del rey muerto, aunque monje, y de abad de Sahagun electo obispo primero de Búrgos, despues de Pamplona, y últimamente de Roda y Barbastro: la corona que le dieron en Huesca juntó con la cogulla, y con la mitra la púrpura real: cosa en todo tiempo de grande maravilla. Conformáronse en este acuerdo (á lo que sospecho) por no poderlo excusar, no sólo por ser el más cercano en deudo á que el pueblo se inclinaba, sino por evitar la guerra que amenazaba, si contrastáran al que desque supo la muerte de su hermano se llamó luégo rey. Hay escritura y instrumento original en que se halla que luégo por el mes de Octubre se llama rey y sacerdote, su data en Barbastro. No pararon en esto las aficiones del pueblo: magüer que era de mucha edad, tanto que más de cuarenta años eran pasados despues que tomó el hábito en el monasterio de Tomer, le for-



zaron para tener sucesion á casarse con dispensacion (como se debe creer y lo dicen autores) del romano pontífice Inocencio II. De donde resultó otra maravilla, ser uno mismo monje, sacerdote, obispo, casado y rey. Casó con doña Ines, hermana de Guillen, conde de Potiers y de Guiena, el cual dos años adelante murió en Santiago de Galicia, do vino por su devocion en romería. Su hija mayor, por nombre Leonor, casó por mandado de su padre con Luis, rey de Francia llamado el más mozo. Desta señora, despues de tener dos hijas, se apartó por decre-

to del papa Eugenio III, á causa que eran parientes. Hecho este divorcio, casó de nuevo el frances con doña Isabel, hija de D. Alonso el Seteno, emperador y rey de Castilla. Doña Leonor casó con Enrique, duque de Anjou y Normandía, que adelante fué rey de Ingalaterra, y juntó lo de Potiers y Guiena ó Aquitania con aquel reino: ocasion de que resultaron largas y crueles guerras que se hicieron aquellas dos naciones, para toda la Francia perjudiciales, feas y malas para toda la cristiandad.